

Rafael Gutiérrez Girardot

Angel Rama: nobleza y pasión

La pasión por Nuestra América truncó prematuramente la pasión de Angel Rama por el saber. Poco antes de que le llegara la invitación al peregrino coloquio colombiano sobre la generación española del 27, Angel Rama había escrito en una de sus últimas cartas que no tenían el proyecto de hacer otro viaje porque quería quedarse en París para conocer cosas que ignoraba y que por eso le apasionaban. En sentido diferente al que tienen las líneas en el famoso "Poema conjetural" de Borges, la noche de la irresponsabilidad castellana que ocasionó su muerte fue simbólicamente el momento en el que Angel Rama hubiera podido decir: "Al fin me encuentro/con mi destino suramericano". El exilado y perseguido sustituyó la pasión por el saber por la necesidad de encontrarse una vez más con la realidad de Nuestra América. Esa doble pasión fue la que le depa-
ró el destino suramericano, el de la persecución, la envidia y la infamia, pero también ese otro destino suramericano que él buscaba y que fue posible gracias a "hombres de espíritu" —como los llama Pedro Henríquez Ureña—, a quienes formaron la tradición en la que Angel Rama se colocó para continuarla: Andrés Bello, José Martí, Manuel González Prada, Alfonso Reyes, Pedro Henríquez Ureña, José Luis Romero, entre tantos más. Como ellos, Angel Rama legó no solamente su obra escrita, sino un ethos, un modelo siempre cálido de vida intelectual: el de la nobleza y la pasión.

La rara combinación de estas virtudes en el mundo de lengua española es el presupuesto de una vida intelectual creadora y de la figura del Maestro. Sin nobleza, sin la capacidad de reconocer en la opinión contraria o diversa un estímulo para poner en tela de juicio las propias opiniones y una invitación a enriquecerse, la pasión degenera en vanidad o bu-

rocratismo. Sin pasión, la nobleza se convierte en vana apología o patriotismo. La historiografía literaria española y la latinoamericana que siguió sus caminos —no los que propusieron Bello o González Prada— permiten suponer que estas virtudes pueden combinarse negativamente. El resultado no corrobora la suposición: Marcelino Menéndez Pelayo y Ricardo Rojo demuestran que esa combinación conduce a emociones confusas. La tradición de Angel Rama recordó con él que un elemento esencial que subyace a esa combinación y la libra de su degeneración burocrática, vanidosa o pomposamente emocional —son sinónimos— es la lucidez.

En efecto, una lectura de los escritos de Angel Rama pone en evidencia que la relación recíproca de pasión, nobleza y lucidez constituyó el “método” con el que fue penetrando cada vez más en la compleja realidad cultural de Latinoamérica, superando y ampliando esquemas anteriores, modificando la relación entre la teoría y la praxis de la indagación. Desde *Rubén Darío y el modernismo* (1970) hasta la obra póstuma *La ciudad letrada* (1984) hay un cambio en las posiciones teóricas, que debe suscitaciones en parte a las diversas corrientes que entusiasmaron a la inteligencia latinoamericana, pero que debe más a los planteamientos propios, a las necesidades de abandonar esquemas para poder captar los nuevos aspectos que iba despejando. Su interés por la antropología cultural, sus intentos logrados de ampliar el horizonte no solamente del instrumental científico sino del objeto mismo de la investigación, esto es, Latinoamérica, sólo fueron posibles por la pasión por el saber, por la nobleza en revisar y rechazar opiniones propias y por la lucidez con que realizó su tarea.

Estos tres elementos constituyeron el presupuesto de la ejemplaridad de su actividad como intelectual. Pues aparte de las suscitaciones que lega su obra escrita, esto es, el proyecto de una visión histórica totalizante de las manifestaciones culturales de Latinoamérica (desde el análisis de fenómenos empíricos de la vida literaria, pasando por los fenómenos de transculturación, hasta el proyecto de investigación de la cultura popular, por sólo mencionar algunos ejemplos), queda en la memoria de quienes lo escucharon o lo conocieron de cerca la imagen y el ejemplo de su generosidad, de su otra pasión más, la muy rara del diálogo. El sabía escuchar y sabía responder, sabía arguir y sabía dar razón, pero dominaba igualmente el arte de la justa polémica. Estas virtudes no son las más generalizadas. En los países de lengua española, en los que la crítica y el arte de la discusión están tan subdesarrollados como en proporción inversa está superdesarrollado el dogmatismo, lo más habitual es el monólogo vanidoso o agresivo. De ahí el que lo que Angel Rama irradiaba en los congre-

sos, coloquios, mesas redondas o en la cátedra, era precisamente su ejemplo del diálogo. No se sentía herido u ofendido cuando se ponían en tela de juicio sus opiniones o sus teorías. En vez del resentimiento o de la enemistad con que habitualmente suelen replicar los dogmáticos, Angel Rama respondía noblemente con la generosidad y el interés en las opiniones del adversario.

Pero además de este ejemplo personal y de ethos intelectual, Angel Rama legó una lección política, cuyas dimensiones se agrandan en la medida en que los nacionalismos provincianos y la miopía ética e intelectual aumenten. Fue su lección de un "continentalismo latinoamericano" (por no utilizar la palabra perversa del "panamericanismo"). El revivió con el ejemplo de su obra la noción de la "magna patria" de Manuel Ugarté, de "Nuestra América" de José Martí, y como Pedro Henríquez Ureña demostró que las ideas son ciegas si no van acompañadas de su concreción. Para Angel Rama, la "magna patria" se componía de patrias chicas, que él conocía como si hubiera crecido en ellas. No era un "especialista" en el sentido habitual y burocrático del término, porque su conocimiento íntimo y apasionado de cada una de las patrias chicas rebasaba cualquier especialización, siempre de naturaleza limitada. En un momento en el que los llamados "estudios latinoamericanos" —el nombre aparentemente grave y académico oculta el hecho de que son improvisados, arrogantemente diletantes y que por eso se disfrazan de "especialidad"— de los países europeos y de los Estados Unidos construyen una imagen de Latinoamérica a la medida de su incapacidad intelectual que influye, a su vez, en la imagen que cada país tiene de una "Latinoamérica" abstracta e "imposible"; en un momento en el que la supuesta "especialización" destruye la imagen histórica, el motor utópico de la emancipación de Nuestra América, la praxis investigativa de Angel Rama demuestra no solamente la falacia de estas "especializaciones", sino que opone a ellas una concepción y un conocimiento totales de Nuestra América, de consecuencias políticas previsibles, aunque por eso no deseadas por los países desde donde viene tanto "especialista" diletante, tanto "asesor" ignorante.

A ese impulso político, hijo de la pasión por el saber y por Nuestra América, de su nobleza y de su lucidez, se deben sus múltiples empresas editoriales —la más lograda en comparación con empresas anteriores semejantes, la que lleva su más claro cuño en la *Biblioteca Ayacucho*— pero también su prosa. No sólo por las conocidas circunstancias accidentales de la vida literaria en Latinoamérica —que ya no existían tan forzosamente en su época— fue Angel Rama un "periodista". Como muchos de sus contemporáneos, Angel Rama hubiera podido escoger la erudición. Pero

fue "periodista" porque sabía y sentía que el impulso político de su trabajo intelectual sólo podía legitimarse y realizarse en la "plaza pública" en que consiste el periódico. Todos sus trabajos delatan esa actividad, y aquéllos, como *La ciudad letrada*, en los que ponía de relieve su capacidad de "scholar" logran que esta capacidad se beneficie del periodismo. De esa manera, Angel Rama dignificó de nuevo estas actividades, que en Latinoamérica habían sido rebajadas a la trivialidad por los primores de Germán Arciniegas.

Sobre la significación de la obra escrita de Angel Rama sólo podrá decirse algo seguro y fundado cuando cualquier editorial de Nuestra América quiera recoger su obra dispersa y presentarla en su unidad, en su desarrollo y en la variedad de sus planteamientos. Se sabe que sus estudios sobre José Martí y Rubén Darío, por ejemplo, están llenos de perspectivas innovadoras, de temas centrales que ha pasado por alto la rutinaria y burocrática historiografía de nuestras letras. Pero sólo el estudio de su obra como un "corpus" permitirá reconstruir los senderos que siguió el pensamiento de Angel Rama en su exploración de la realidad cultural de Latinoamérica, poner en relación, o descubrirla, sus estudios sobre José María Arguedas —que Vargas Llosa sólo apreció con insuficiencia "patriotera"— con el trabajo que dedicó a González de Eslava; descubrir el contexto que él estableció entre la transculturación y el *boom*, es decir, poner de presente el "sistema" de su pesquisa. No cabe esperar que esto ocurra, porque los "científicos" de la literatura en Latinoamérica no han hecho cosa semejante, pese a sus invocaciones emancipadoras, con Alfonso Reyes, con Pedro Henríquez Ureña y ni siquiera con Andrés Bello. Como los encomenderos, estos parecen variar la regla colonial "se obedece, pero no se cumple" con la praxis archiespañola del "se venera, pero no se lee" o del "no se lee porque o no gusta o porque gusta cualquier moda".

La significación de la persona, del intelectual Angel Rama será apreciada por quienes sepan a través de sus amigos y discípulos que él fue la encarnación y la continuación enriquecedora de un tipo de intelectual latinoamericano para quien el ejercicio del pensamiento, esto es, la pasión, la nobleza y la lucidez, tiene sentido cuando él contribuye a realizar la Utopía de América, la "patria de la justicia".

Sería injusto, por no decirlo de otra manera, olvidar que en la vida, en el pensamiento y en el desarrollo de Angel Rama correspondió a una mujer maravillosa, Marta Traba, jugar un papel decisivo, que Angel Rama mismo subrayó con generosidad y pudor. La independencia combatiente de esta descendiente de tantas maravillosas mujeres de nuestra historia.

Desde aquélla Policarpa Salavarrieta que inició la revuelta decisiva precursora del tímido “golpe de Estado” de los indecisos varones que “declararon” la Independencia en el Nuevo Reino de Granada, pasando por la Anita Garibaldi en el Brasil, por Clorinda Matto de Turner, por Delmira Agustini, por Alfonsina Storni —las mujeres “civiles”, no las patéticas beatas a lo Juana de Ibarborou y a lo Gabriela Mistral— fortaleció en Angel Rama sus propias virtudes, las potenció. Ella era, como Angel Rama, pasión, nobleza, lucidez. Ella agregó a esas virtudes el Eros, sin el que no es posible la pasión, la nobleza, la lucidez del pensamiento.

Esto ocurrió en un mundo en el que no se ha superado aún esa curiosa enfermedad hispánica, que Ortega y Gasset describió concisamente en el prólogo a sus *Meditaciones del Quijote* (1914) con estas palabras: “los españoles ofrecemos a la vida un corazón blindado de rencor, y las cosas, rebotando en él, son despedidas cruelmente”. Angel Rama y Marta Traba pusieron de presente que la Independencia de Nuestra América no fue sólo una anécdota.